



X CERTAMEN DE  
**NARRATIVA BREVE**

MUJERES  
EN EL *arte*  
2011

X CERTAMEN DE  
**NARRATIVA BREU**

DONES EN  
L'*art* 2011



PLA **miq** Pla Municipal per a la  
Igualtat d'Oportunitats  
entre Dones i Hòmens  
CENTRE MUNICIPAL DE LA DONA  
**cmiq**



**AJUNTAMENT DE VALÈNCIA**  
ÀREA DE PROGRÉS HUMÀ  
REGIDORIA DE BENESTAR SOCIAL I INTEGRACIÓ  
SECCIÓ DE LES DONES I IGUALTAT



La historia cuenta con numerosos ejemplos de mujeres destacadas y brillantes en literatura, escritura, pintura, escultura... en todas las artes la mujer ha contribuido con importantes aportaciones. Algunas han tenido la suerte de ver reconocido su talento, mientras que otras, especialmente en épocas pasadas, vieron ocultada y menospreciada su obra por encontrarse dentro de una sociedad que no permitía en las mujeres otro rol que no fuera el de madre y ama de casa. Aunque, afortunadamente, la presencia de las mujeres en el arte ha experimentado cambios radicales, todavía hoy son muchos los obstáculos que deben superar para dar a conocer sus obras y para disfrutar del merecido reconocimiento social.

Este mensaje es el que transmiten los relatos seleccionados en este certamen, invitando a todas aquellas personas que tomen la acertada iniciativa de adentrarse en la lectura de esta publicación, a hacer una reflexión sobre la situación de las “Mujeres en el arte”.

Son innumerables perspectivas las que han concurrido a este certamen, hasta 89 situaciones diferentes en las que la mujer ha sido transmisora de experiencias, sentimientos y fantasías, a través de todas las artes. Todos, y cada uno de los trabajos presentados, han permitido avanzar hacia el objetivo de esta convocatoria: dar a conocer las distintas manifestaciones artísticas de las mujeres y su presencia en ellas, así como la aportación que han hecho y hacen al arte a pesar de, en ocasiones, estar ocultas detrás de hombres famosos y de haber sido poco valoradas.

Este año celebramos el **décimo aniversario** de esta actividad convocada desde el año 2001 en torno al Día Internacional de la Mujer, cada 8 de marzo. Los temas han sido diversos, pero todos ellos se han dirigido a sensibilizar a nuestra sociedad sobre la situación de las mujeres. La participación ha ido creciendo con los años, habiendo conseguido a lo largo de esta década más de **600 personas participantes**: la mayoría mujeres, pero también hombres cada día más concienciados con la necesidad de trabajar a favor de los principios de igualdad.

Aprovecho la presentación de los quince trabajos seleccionados en esta décima edición para agradecer la respuesta de todas estas personas, animándoles a seguir participando y trabajando para hacer cada día más visible la aportación de las mujeres a nuestra sociedad.

La història compta amb nombrosos exemples de dones destacades i brillants en literatura, escriptura, pintura, escultura..., en totes les arts la dona ha contribuït amb importants aportacions. Algunes han tingut la sort d'obtenir el reconeixement al seu talent, mentres que l'obra d'altres, especialment en èpoques passades, va ser ocultada i menyspreada per trobar-se dins d'una societat que no permetia les dones un altre rol que no fóra el de mare i ama de casa. Tot i que, afortunadament, la presència de les dones en l'art ha experimentat canvis radicals, actualment encara són molts els obstacles que han de superar per a donar a conèixer les seues obres i per a disfrutar del merescut reconeixement social.

Este missatge és el que transmeten els relats seleccionats en este certamen, d'invitació a totes aquelles persones que prenguen l'encertada iniciativa d'endinsar-se en la lectura d'esta publicació, a fer una reflexió sobre la situació de les “Dones en l'art”.

Són innumerables perspectives les que han concorregut a este certamen, fins a 89 situacions diferents en què la dona ha sigut transmissora d'experiències, sentiments i fantasies, a través de totes les arts. Tots i cada un dels treballs presentats han permès avançar cap a l'objectiu d'esta convocatòria: donar a conèixer les diverses manifestacions artístiques de les dones i la seua presència en estes, així com l'aportació que han fet i fan a l'art tot i que, de vegades, estan ocultes darrere d'hòmens famosos i haver sigut poc valorades.

Enguany celebrem el **desé aniversari** d'esta activitat convocada des de l'any 2001 al voltant del Dia Internacional de la Dona, cada 8 de març. Els temes han sigut diversos, però tots s'han dirigit a sensibilitzar la nostra societat sobre la situació de les dones. La participació ha anat creixent amb els anys, de manera que al llarg d'esta década hi ha hagut més de **600 persones participants**: la majoria dones, però també hòmens cada dia més conscienciats amb la necessitat de treballar a favor dels principis d'igualtat.

Aprofite la presentació dels quinze treballs seleccionats en esta desena edició per a agrair la resposta de totes estes persones, i animar-les a seguir participant i treballant per a fer cada dia més visible l'aportació de les dones a la nostra societat.

Título: **UN MOTIVO PARA SONREÍR**  
Pseudónimo SFUMATO  
Autor: JAVIER SERRA VALLESPIR

1<sup>er</sup> premio

Resulta paradójico que únicamente cuando la muerte nos alcanza logremos la inmortalidad. Cualquier persona debe afrontar tarde o temprano este aparente contrasentido, pero más que nadie los artistas. Ellos deben hacerlo por partida doble. Mientras su espíritu traspasa las puertas del Paraíso, también su obra y su memoria quedan huérfanas en la Tierra a perpetuidad, indefensas, expuestas a un sinnúmero de comentarios e interpretaciones. Si se trata de un artista varón, esta eternidad terrenal constituirá su gloria, pero cuando se trata de una mujer, una sombra de sospecha sobrevolará siempre su legado. Es lo que le sucede, sin ir más lejos, a Elizabeth Taylor, a quien tengo sentada a mi lado: que si sus ojos, que si sus enchufes, que si su aura seductora... Es nuestro sino, Liz, aunque te envidio en una cosa: gracias a la tecnología de tus coetáneos, tu talento y tu hermosura no se descompondrán jamás, pues han sido restaurados en alta definición digital. En cambio yo, que llevo muerta más de quinientos años, ya no gozaré de los beneficios de semejantes adelantos. Pero bueno, tampoco puedo quejarme. Al fin y al cabo, después de medio milenio criando malvas sólo se me han difuminado las cejas.

Me alegro de haber despertado tu sonrisa, amiga. Después de todo, tu fallecimiento, aunque supone una gran pérdida para quienes disfrutaron de la pasión que imprimías a tus personajes en las pantallas de cine, alivia el peso de las cadenas que arrastra mi fantasma, las cadenas de ser el arquetipo de la feminidad, distinción que yo nunca pedí. Y gracias a tus ánimos me dispongo a hablar ahora. Ha llegado el momento de que os cuente lo que la gente ignora acerca de mí.

Nos tocó vivir en épocas muy distintas, Liz, y confieso que el ritmo del siglo XXI me supera. Constantemente desfilan ante mi imagen cientos de admiradores que se quedan embelesados contemplándola. No acabo de habituarme a que me fotografien compulsivamente con sus móviles. El simple hecho de que sea posible tomar fotos con un condenado teléfono me parece una idea tan delirante como las de los cuadros de Dalí. Pero nuestras vidas presentan algunos paralelismos más allá del abismo que las separa. Por ejemplo, a las dos nos han convertido en mitos del arte, a ti del séptimo y a mí del... bueno, no sabría adjudicarle un numeral. Tú coleccionabas maridos como quien colecciona cromos, aunque los segundos sean notoriamente más útiles. Yo coleccionaba amantes. Siempre fui una mujer que prefirió ser amada a ser esposa, convertirme en un oscuro objeto del deseo a ser relegada a un estatus equivalente al de perrito faldero. No me mires así, Liz. Tú fuiste una excepción. Sin embargo, debí rehusar a la condición de soltera, porque en la Florencia renacentista o te casabas o te encerraban en un convento. Elegí la opción menos claustrofóbica, si bien el matrimonio supuso una forma adicional de rendición para mí. Me explicaré: durante mi infancia había tenido el privilegio de estudiar todas las formas de expresión artística desde la Grecia clásica hasta nuestros días. Descubrí que la pintura colmaba mis sentidos, que me tendía un puente hacia el infinito. Empecé a practicar en la alcoba de mis ayas, en las cocheras, en el jardín. Mis padres lo toleraron como un capricho más hasta que les dije que quería dedicarme por completo a ello. El manantial de creatividad que se desbordaba en mi interior así lo exigía. Tenía talento e imaginación. Fue inútil: ahí se acabó todo. Como era de esperar, mi padre tenía otros planes para mí. Él y mis coetáneos sólo supieron apreciar mi piel tersa y mi sonrisa de doncella. Tú tuviste la suerte de poder desarrollar tu potencial y obtener reconocimiento por ello, Liz. Por el contrario, yo me vi obligada a enterrar mis aptitudes en las catacumbas de mi alma. Hubiera supuesto todo un escándalo que mis capacidades hubieran salido a la luz en contra del mundo en que me tocó vivir. Nadie habría aceptado que una mujer, por muy perteneciente a la nobleza que fuera, pudiera exhibir la misma destreza que un hombre para la pintura. Casándome renunciaba a desarrollarla, a construirme a mí misma. Ante esa injusticia, decidí compartir mi talento con Leo.

¡El bueno de Leo! ¡El inimitable polímata! Un tipo genial en muchos aspectos, doy fe. Sus proyectos de ingeniería, sus opiniones filosóficas, su espíritu científico, todo en él era extraordinario. Por

eso le amé. Pero cuando se situaba frente a un lienzo le atenazaban las dudas. Las ideas bullían con tanto ímpetu en su cabeza que se atropellaban unas a otras, lo cual le impedía centrarse en un único concepto visual. Cuando se impuso la tarea de pintar un retrato que perpetuase mi “aura angelical” (Leo dixit), el problema se le hizo insuperable. El pobre estaba tan coladito por mí que no acertaba a destilar de su paleta la esencia de mis rasgos. El fuego que mi simple presencia aventaba en su corazón le cegaba. Mirarme le alteraba el pulso. La desesperación le llevó a desgarrar varios lienzos que contenían los esbozos de mi rostro. Fui paciente, dejé que intentase hacerlo a su manera, pero no me quedó más remedio que intervenir. Le sugerí una técnica que había imaginado para las obras que yo nunca podría realizar: el *sfumato*. Como sabrán, consiste en utilizar varias capas de pintura, muy tenues, para infundir realismo, profundidad y misterio al cuadro. Le hice una pequeña demostración, y créanme: para Leo fue una revelación igual de intensa que la Anunciación para la Virgen María. Ahora es una técnica clásica que se estudia en las academias. Todo el honor del descubrimiento se lo quedó él, por supuesto. Es su nombre el que figura en los libros de Historia del Arte. Yo sólo aparezco como Musa, como sujeto pasivo. No me importó. Si eso satisfacía su vanidad y le acercaba a la felicidad, yo compartiría su alegría. Además, si la verdad hubiera salido a la luz, nadie la hubiera creído: él habría sido ignorado y yo habría ido a parar a ese convento del que escapé casándome.

Pero creo que gracias a los pequeños cambios sociales acontecidos durante estos cinco siglos, nadie se escandalizará de que las cosas se cuenten tal y como sucedieron. ¿Qué sentido tiene preservar secretos que ya no pueden herir a nadie?

En primer lugar, no soy la beata de Lisa Gherardini, así que, por favor, dejen de referirse a mi retrato como Mona Lisa.

En segundo lugar, resulta obvio que aparezco embarazada en el cuadro. No hacían falta tantos estudios cromatográficos para llegar a esa conclusión. ¡Ah! El padre de la criatura fue Leo.

En tercer lugar, sepan que aquí, en el Paraíso, los exmaridos de Liz han constituido la Asociación de Afectados por la Mirada Violeta.

Y en último lugar, y quizá lo más significativo, la Obra Maestra atribuida a Leonardo, mi imagen, icono de la belleza y el refinamiento, es en realidad un autorretrato. Sí, al final tuve que hacer yo el trabajo. Esa fue mi “pequeña demostración”. Él se limitó a firmar.

De ahí mi enigmática sonrisa, claro.

Título: **LOS JUEGOS DE LAS NIÑAS SABIAS**  
Pseudónimo TUSITALA  
Autora: ROCÍO DÍAZ GÓMEZ

2º premio

Cuentan que en algún lugar, a salvo del tiempo y el espacio, están jugando unas niñas.

A la pequeña Safo jugando al escondite siempre le toca contar. Pero no suma diez, ni treinta, no suma cuarenta ni cincuenta. Ella cuenta en endecasílabos, cuenta hasta once, y vuelve a comenzar. Safo tamborilea con sus dedos, inventa versos que algún día descubrirán escritos en papiros que nos la devolverán inmortal.

A la niña Isadora, en cambio, el mar la tiene hipnotizada. Le gusta jugar descalza en la arena, le gusta mirar las olas durante horas. Sola, y en silencio, con el pelo suelto y sus vestidos vaporosos de finas telas envolviéndola, juega Isadora durante horas a mover sus manos y sus pies siguiendo el vaivén de aquellas ondas...

La pequeña Frida, que no puede moverse de su cama, juega a vivir más que las demás. Juega a mezclar los colores, juega a despistar con la pintura un destino de animal eternamente herido.

Las tres niñas solitarias tampoco juegan al escondite. Solas con su padre en aquel páramo las niñas Brontë inventan mundos de fantasía al que escapar. Miopes e inteligentes, cultas y pobres, las niñas quieren relatarlos, quieren transformarlos en palabras escritas, aunque “las mujeres no debieran hacerlo”.

Mientras tanto, la niña Camille juega con la arcilla. La niña coja pero bella, la niña de carácter fuerte y voluntad tenaz se recrea en esculpir con fuerza y sentimiento. Esculpe con pasión piezas delicadas pero impresionantes, bellas en sus rasgos, intensas en su profundidad.

¿Y la pequeña Alma? Alma ya es una niña artista que juega a componer música. Y lo hace muy bien. La niña Alma tiene el adorno del talento, pero además es muy guapa y pasional. Y cómo juega con la música, cómo compone, aún tan pequeña ella.

Pero cuentan que hay ocasiones en que los cuentos de hadas no terminan bien para las niñas que esconden una pasión. Las niñas que crecen y se convierten en mujeres queriendo bailar, queriendo componer música, queriendo escribir, queriendo esculpir. Queriendo alejarse de lo considerado “normal”, de lo establecido. Y llegará un día que esas niñas tendrán que defender lo que les apasiona. La poesía, la danza y la pintura. La literatura, la escultura y la música. La vida para con esas mujeres mostrará sus garras y colmillos. La vida tendrá una punta afilada llena de ponzoña que se les clavará donde más les hiera, donde a punto esté de acabar con ellas.

Y quizás Safo vivió con sus compañeras en un clima demasiado distendido y propicio a todos los comentarios. Safo mujer quizás entendía la vida de forma diferente... quizás más femenino, quizás solo femenino.

Y esa forma revolucionaria de bailar y de vivir, esos temas de las danzas, la muerte o el dolor, tan alejados de los clásicos de duendes y tragos, a Isadora años después le haría cosechar abucheos y polémicas.

Y nunca podrá jugar a correr Frida Khalo, en un principio dolorida por la polio y después por un accidente salvaje y cruel. Pasará casi toda su vida en la cama, pintando y pintando, mientras la enfermedad y los dolores van ganándole terreno a sus ganas de vivir.

Y las hermanas Brontë jugaron a imaginar, a escribir historias. Pero hubieron de hacerlo con disfraces, con opacos seudónimos y malas críticas.

Y a Camille Claudel la vida fue resquebrajándole su interior de escultora. Se esforzaba por ser reconocida, por vivir de su arte, pero una sociedad conservadora, un amor demasiado amargo, unas críticas despiadadas por su condición femenina, fueron enloqueciéndola poco a poco.

Y demasiado pasional, la joven y brillante Alma se enamoró de aquel maduro Gustav Mahler. Por apoyarle a él dejó a un lado su talento, esa carrera que tanto prometía en la música. Y después de

Gustav, llegaron otros, pero también se volcó en el talento de cada uno de ellos, olvidándose del propio.

Y cuentan, siempre cuentan que aquellas mujeres terminaron por penar su pasión.

Hubo que dejar pasar el tiempo. Dejar que el peso de los años fuera transformando a la sociedad y su moral. Dejar que subiera a la superficie lo que realmente importa.

Porque Safó en su viciosa isla se recreó en su vocación y en la belleza.

Porque Isadora, mito y carácter, rompió con las tradiciones y revolucionó la danza.

Porque la fuerza de voluntad de Frida y sus ganas de vivir las fue plasmando en cada uno de sus pequeños autorretratos surrealistas.

Porque las hermanas Brontë escribirían obras maestras de la literatura universal.

Porque finalmente Camile y Alma serían reconocidas por su escultura y su música, independientemente de las de sus amados.

Cuentan que en algún lugar, a salvo del tiempo y el espacio, siempre están jugando unas niñas. Niñas sabias a quienes el arte rescató del olvido.

Título: **FAUSTO**  
Pseudónimo: DOSCIELOS  
Autora: ANA M<sup>a</sup> MARCOS MARTÍNEZ

3<sup>er</sup> premio

— ¿Pintas o esculpes?

Caridad sonrió divertida al escuchar aquella pregunta. Con las manos llenas de pintura y ante uno de sus ninots de falla, se cruzó de hombros y contestó picarona:

— Las dos cosas, siempre las dos cosas. Así somos los artistas falleros.

Caridad se recordaba a sí misma de joven, paseando a los pies de aquellas figuras enormes de cartón piedra que la miraban fijamente. Vicente, su futuro marido, era un mozo un tanto pretencioso que, subido a una balda de madera, terminaba de perfilar los retoques. También ella le formuló entonces aquella pregunta: “¿pintas o esculpes?”. Él se perdió en los ojos grandes de aquella adolescente, alta y de talle fino, para afirmar: “Lo haría siempre si con ello consigo perpetuar esa mirada tan inmensa”. Y así fue. Se casaron y Caridad entró en ese mundo mágico donde la tradición y el arte se funden en el alma de la fiesta valenciana.

Nunca hubiera imaginado la gran oportunidad que llegaría un día de enero de 1973. La comisión de ‘Alicante’, de Quart de Poblet, le pidió que realizase por entero la falla infantil. Conocían cómo trabajaba, codo con codo, con su marido, quien ya se había labrado un renombre y así, arropada por él y la confianza de los falleros, decidió aceptar la realización de aquel pequeño monumento. Su lema sería “Parque Infantil”... ¡la primera falla de una mujer! ¡Una artista fallera!

Tras aprobarse su boceto, comenzó a trabajar la base. Había elegido una rosa roja pues admiraba mucho esa flor, a la que veía crecer en las rosaledas de su jardín. Aquella belleza natural era perfecta. De remate empezó a construir un conejo grande y blanco, tal y como se mencionaba en el cuento de *Alicia en el País de las Maravillas*; aquel que tantas noches había relatado a sus propias hijas: “¡qué llego tarde, qué llego tarde!”. Sí, el conejo daría rectitud y gracia a la falla. Modeló su forma, sus orejas, sus bigotes y, para cuando se dio cuenta, estaba admirando al animal más precioso que había creado nunca. No podía menos que tenerle un extraordinario cariño y, para serle propio, le puso nombre: Fausto.

Cada mañana, cuando llegaba al taller, se acercaba a verlo y él le brindaba una hermosa sonrisa. Sólo entonces se ponía manos a la obra. Pronto llegó la noche del 7 de marzo, sólo restaban horas para trasladar el monumento a su destino final.

— Señor conejo, señor conejo. Usted que está arriba del todo... ¿Se han ido todos ya?

— Sí, señorita bailarina -respondió suavemente Fausto- se fueron ya, pero recordad que sobre las siete de la mañana estarán de vuelta.

— A mí no me gustan mis colores – sollozó Pinocho-, son demasiado llamativos.

— No, no, querido muñeco de madera. Tú, al menos, tienes colores -contestó Fausto-. Mira yo... ¡soy todo blanco!

— ¡Pedazo de quejicas! -expresó Rosa-. Cada uno es como es, perfecto a su manera; si no, no nos hubieran hecho así.

Todos estuvieron de acuerdo con Rosa y, para entretenerse, decidieron jugar al escondite; una vez los ánimos habían vuelto. Al amanecer, todos regresaron a sus sitios. A su hora, Caridad regresó acompañada por Vicente. Quería enseñarle su trabajo y el veterano autor se mostró muy orgulloso del resultado. A mediodía llegó el furgón, rumbo a Quart de Poblet. Los miembros de la comisión de la Falla Alicante la recibieron con cariño y pronto se acercaron a admirar el trabajo. Fausto y el resto de ninots se mostraron satisfechos. ¡Cuánto cariño!

Aquel día de la *plantà* fue muy especial para todos pero, sobre todo, para Caridad. Su obra sería admirada por miles de personas. El ambiente, los flashes de las cámaras... todo convertía a los ninots



en las estrellas del lugar y, sabiéndolo, se sentían especiales. Doña Rosa se exaltaba por los petardos pero casi siempre por las *masclètàs* mientras Fausto se embelesaba por los colores de los fuegos artificiales. Los bailarines saltaban disfrutando de la música de las bandas de día y las verbenas de noche... Valencia quedaba sumida de pleno en la fiesta fallera.

Aquellos días, Caridad se acercaba a ver su obra, embriagándose de los comentarios de los viandantes que, incluso calificaban sus ninots. Llegó así el día de San José y, con él, el esperado final. Sabía que con la *cremà* desaparecerían para que otros nacieran el año siguiente pero ya no se irían sin formar parte de todos los recuerdos de lo vivido... Sólo Pinocho, elegido por la fallera mayor infantil por sus vivarachos colores, se salvó. Las lágrimas acariciaron las mejillas de la artista cuando el fuego se llevó su falla. Nunca olvidaría los buenos momentos vividos en aquella primera obra.

Cuando regresó días después al taller, empezó a echar de menos a Fausto; pero... ¿acaso no era ella la artista? Recuperando su molde, volvió a ponerse manos a la obra y, de nuevo, de su chistera de artista fallera, surgió el conejo blanco de enorme sonrisa. Caridad lo abrazó y Fausto ya no volvió a separarse de ella pues nada podía enorgullecerla tanto como... su primer ninot.

*A Caridad Pinto Ferrer.*

*La primera mujer que obtuvo el carné del Gremio de Artistas Falleros*

Título: **UNA MUSA DISIDENTE**  
Pseudónimo TRILCE  
Autora: ROSA ALIAGA IBAÑEZ

Aunque todo el mundo piense lo contrario, fui yo la que te elegí. Tenía, contigo, la ilusión de inventarnos planes pequeños de la A a la Z. Ya lo sabes, soy de frase corta pero de pensamiento largo. Te convertiste en la belleza de mi amor y como decía Pessoa siempre he estado sujeta a las pasiones visuales. Eras el tiempo y las palabras que me recorrían. Consentí que tan sólo tú me vivieras. En aquel período sólo existí cuando me nombrabas. Un buffet de realidad, que al ser tan poco variado, tenía el peligro de empachar.

Llegó el momento de apretar el cinturón al deseo y poner la expresión adecuada al volver la vista hacia nuestra tormentosa relación de pareja. “Desear es vivir en la espera” afirmó Unica Zürn y tú debes pensar lo mismo. Nuestro amor se convirtió en un rumor fantasmal de tambores, un susurro asmático de violines fúnebres que no eran ni rosados ni románticos. “No sentiremos tan intensamente lo que nos rodea jamás” comentabas cada noche. Evitabas nuestra cama y me recordabas, de manera impertinente, que ser pareja es a menudo un número impar.

La vida comenzó a ser un ruido de fondo. Tus versos nuevos escupían tus infidelidades y las maravillas que encontrabas en otras mujeres deseadas que no se parecían en nada a mí. Los cuerpos aprenden rápidamente a amar, a prometer sin pedir permisos, pero todos los comienzos son el primer paso para augurar un patético final. Las ideas, el deseo y la novedad desaparecen cuando han cumplido su tiempo.

Comencé a escribir, comencé a escribir porque como decía María Zambrano “escribir es defender la soledad en la que se está”. Me gustaba tanto imaginarte como una posibilidad a la que dar textura en medio de un sueño. Sólo las historias y lo mágico perduran. La grandeza del arte y del amor está en reconocerlo y ampliarlo. Obras de arte se pierden por haber pestañeado y pasado de largo. Tus caricias comenzaron a volverse rancias, mientras yo sonreía e intentaba perseverar. No podía dejar de pensar en Dora Marr y en como su amor hacia Picasso la atormentó hasta volverla loca e individualista. Comenzaba a sentir lo mismo que ella, mi personalidad había quedado trastocada y en numerosas ocasiones sólo me reconocía cuando me buscaba en tus versos.

Siempre he sido una buscadora y las buscadoras también podemos ser unas busconas. Nunca me he quedado estática y al no encontrar nada de lo que quería, decidí volver a explorar. Me acosté con tu mejor amigo: el pintor. Accedí a ir a su estudio y que me pintara desnuda. “La musa retratada” es el título del cuadro. No te voy a explicar lo que sucedió porque es un lugar bastante común que acabó en orgasmo. Si no me nombras tendré que buscar a alguien que me devuelva la mejor de mis imágenes. Ya sabes, las personas suelen tener una idea absolutamente distorsionada de sí mismas y yo sólo puedo reconocerme en la extensión reveladora de una obra.

Ser fuente de inspiración no es siempre grato, a los caprichos de los artistas y la ingratitud de su humor cambiante, hay que sumar el recelo de todos los seguidores, que me achacan las debilidades del genio y hasta tu fracaso. Siempre he sido consciente de las miradas despectivas que he sembrado en las mujeres que te rodeaban. El escaparate del artista está lleno de una luminosa lucidez que esconde la falta de ilusión y entusiasmo por muchas otras facetas de la vida.

Contabas historias de amigos, que habían logrado modelar a sus parejas hasta convertirlas en mujeres ideales. Entonces recordaba el mito de Pigmalión que esculpió a Galatea de un pedazo de piedra. No soy una mujer piedra, dentro de mí late un corazón indómito. En lugar de una simbiosis, entre nosotros, se estableció una relación vampírica en la que yo terminé por desequilibrarme.

No hay que fiarse de los impulsos, sobre todo cuando toda pulsión erótica esconde una pulsión de muerte. Sobrevivir o morir, tal era mi estado. La gente normal no tiene estos problemas. No tienen que contenerse, suelen venir civilizados de casa. Yo en cambio, por tu culpa, estoy majareta y tengo que

pararme constantemente a analizar si lo que quiero hacer va a alguna parte o es la locura que vuelve a animarme de nuevo.

Ya no creo nada de lo que sucedió pero es lo que se me da mejor, aparte de haber sido tu musa. Cualquier excusa es válida para el desastre. El apocalipsis nunca es sostenible y la vida ya no puede ser contigo.

Todo artista es un amante desgraciado. Y los amantes desgraciados quieren contar su historia. Mis pensamientos son absurdos y aspiran a lo simple. Mi arte dice la verdad, tal vez la única verdad, aunque también puede ser tan sólo mi percepción de la realidad.

“El hombre no está hecho para la derrota. Un hombre puede ser destruido pero no derrotado” afirmó Ernest Hemingway. A las mujeres les sucede lo mismo, a las musas también. Por cierto, deja de llamar a tu editor para ver cuando sale tu próximo libro. Tengo una pequeña “vengancita” para ti. Como bien sabes, he estado escribiendo. Parece ser que el rencor y la tristeza me han regalado un talento nuevo e inédito. En la editorial consideran que mi libro merece publicarse antes que el tuyo. Soy de frase corta pero de pensamiento largo. Quizá te apetezca ser mi “musa”...prometo ser profundamente desconsiderada.

Pd. Te advierto que es la última vez que me caso contigo.

Título: **MANOLITA EN LA FRONTERA**  
Pseudónimo ARIADNA  
Autora: ANTONIA BUENO MINGALLÓN

Voy con mis dos hijos, mi madre, mis hermanas Rosa y Josefina, y mi cuñada Elisa. El camino es largo, los árboles preñan la noche de rumores y sombras. Semejamos personajes de un cuadro de Caspar David Friedrich, perdidas en mitad de estos bosques umbríos de cielos tormentosos, tan diferentes a los paisajes abiertos y soleados de mi Valencia.

La niña duerme en mi regazo, el niño se agarra a mis faldas. No sabemos por dónde vamos, pero tenemos que seguir adelante, siempre adelante, hasta la frontera. ¿Y cómo encontrarla en medio de este bosque? Esta frontera no es una raya pintada como en los mapas, ni una línea como las que yo trazo en mis cuadros. Por eso no la encontramos y vagamos angustiadas sobre el rumor de las hojas y bajo la luna que empieza a asomar para contemplar nuestro desvelo. ¡Ay! Si yo pudiera pintar la frontera para poder atravesarla...

Él se quedó allí con sus afanes. ¿Era tan importante acabar esos malditos fotomontajes de la derrota?... La guerra nos separa de nuevo, como hace más de dos años, cuando tuvo que irse precipitadamente a Madrid a vaciar el Prado, a sacar los cuadros y llevarlos a un lugar más seguro, atravesando también frentes y fronteras como la que ahora busca nuestro grupo de hembras agotadas y perdidas en mitad de este cuadro expresionista, que a cada paso tiene menos de romántico. ¿Es que “Las hi-landeras” de Velázquez eran más importantes que nosotras?... Aquello fue una operación militar, con todo tipo de precauciones, esto nuestro es una auténtica desbandada.

Mi niña, Julieta, parece que duerme. ¡Shhh!, no vaya a despertarse y su llanto nos delate. Mi niño tira de mis faldas y me mira en silencio, mi pequeño Ruy, con sus cabellos rubios, tan parecido a su padre, tan pequeño y tan serio ya, tan consciente de las cosas.

Perdida en mitad de este bosque pirenaico, aún no sé que mi hijo murió hace casi tres años, que mi hija se despidió voluntariamente de nosotros hace tres décadas, que nacerían más hijos, que yo encontraría la frontera y la traspasaría, y otra y otras más. Una vida de fronteras, pariendo y pintando, pariendo y pintando...

Una mujer artista. ¡Qué locura! Cambiar pañales, imprimir lienzos, hacer la comida, preparar los pigmentos. Arroz, trementina, frijoles, témpera, chucrut, buriles, cazuelas, paletas, cucharas, pinceles... ¡Qué locura, Dios mío! Y los niños creciendo y mi marido entrando y saliendo, fotomontando el país, llenando el mundo de murales que a menudo era yo quien remataba. Yo siempre tras él, Francia, México, Alemania... Yo a su lado, como una sombra, como un perro fiel. Tiene gracia. Yo, la brillante promesa de las Artes Plásticas valencianas. Yo, Manolita Ballester, la joven inquieta que pensó que Valencia y el mundo caerían a sus pies. Yo, que soñaba con la gloria... Yo, con mi carácter de todos los demonios. Yo, la esposa, la compañera, la madre, la camarada Manolita.

Ahora el bosque está silencioso. ¿Dónde han ido todos? ¡Yaya! ¡Rosita! ¡Josefina! ¡Elisa! ¿Dónde estáis?... ¿Y mis niños?... ¡Ruy!, ¡Julieta! ¿Alguien me los robó?... ¿Qué lugar es éste? ¿Hemos cruzado por fin la frontera?

Susurros en alemán. ¿Serán brigadistas?... ¡Shhh! Silencio. Un golpe me sobresalta. Ha caído cerca. La tierra está llena de castañas. Debe ser otoño.

Chasquidos de pisadas sobre las hojas secas. De nuevo un rumor de voces. Alguien se acerca. Estos sí, estos hablan mi lengua. ¿Serán de los nuestros?...

“Mira, aquí están.” Dice una voz masculina con acento mexicano.

“José Renau, 1907-1982.” Lee una voz de mujer. Es una voz familiar... ¿Eres tú, Rosana? Querida nieta. ¡Has venido a verme! Desde tan lejos... “Y Manuela Ballester, 1909-1994.”

Pero, ¿es que tú tampoco te das cuenta?... ¿No ves que me han quitado un año? Luego dirán que ha sido por coquetería. ¡Ay, si yo pudiera coger mis buriles y corregir la fecha!... Pero estas manos que

fueron tan febriles dejaron de obedecerme hace tiempo. ¿Cuánto ya? ¡Sabe Dios! Perdí la cuenta hace rato.

“Fíjate. Después de toda una vida peleando como puros gallos, ahorita han acabado juntos en este cementerio berlinés.”

“Si Manolita levantara la cabeza...”

Yo escucho con mis oídos de tierra, de humus, de pigmentos húmedos, e intento trazar un esbozo que recoja el sonido de sus voces, el palpito de su acento, la ternura de sus frases que impregnan la paz de este jardín de Friedrichfelde, este bosque tan diferente a aquel otro bosque de Caspar David Friedrich, aquellos campos pirenaicos en los que yo buscaba perdida una frontera.

Un pájaro se posa en la lápida e intento dibujarlo también, integrarlo en este nuevo bosque. Pero ahora mis manos son torpes. Enseguida levanta el vuelo y se aleja en busca, tal vez, de nuevas fronteras. Yo hace ya tiempo que traspasé la última.

“Adiós, adiós Manolita.” Parece decir el pájaro.

“Chau, abuelita, nos vemos luego.” Dice la mujer, con aquella voz dulce que me trae tantos recuerdos, faldas que se revuelan danzando, mariachis rechulos, murales coloridos, fragancias cálidas, chiles de mil demonios...

“Manolita, eras buenísima onda. ¡Ay, abuelita! ¡Qué padre haber sido tu nieta!”

Título: **A CAMILLE**  
Pseudónimo: EME CE  
Autora: MIREIA CLAVERO LAGUNA

Mis manos estaban llenas de heridas. Pasaba el día limpiando aquellos suelos, conocía cada uno de los baldosines que se grababan en mis rodillas. El olor del agua sucia se me había colado por la nariz y jamás podría quitármelo. Recuerdo los primeros días con miedo, aterrorizada ante los gritos que salían de algunas salas pero, al cabo de unas semanas, me acostumbré. El trabajo era duro. Por las noches caía agotada por el cansancio y mareada por lo que había tenido que limpiar pero podía aguantarlo. Siempre recordaba a mi madre llorando al verme marchar a trabajar “a un sitio así, rodeada de locos”.

Ahí conocí a Bernadette, un año más joven que yo pero que ya llevaba dos limpiando en aquel lugar. Ella me enseñó a no perderme por los pasillos, cómo evitar a algunas compañeras y a echarme ungüentos para que no me quedaran las piernas feas para siempre. Bernadette dijo que no me acercara a ninguno de ellos, que una vez a ella, uno que parecía tranquilo, le agarró por el brazo y no la soltó hasta que los doctores y enfermeras se abalanzaron sobre él. Yo caminaba por los pasillos sin mirar a nadie, con la cabeza gacha arrastrando el cubo de agua y los trapos. Algunos me hablaban, otros me miraban, otros bailaban y canturreaban... pero ella no. Aquella mujer, sentada siempre en la misma silla, sólo callaba y miraba la nada. Algunas veces se acariciaba las manos, las frotaba cómo si de repente fuese a salir algo de ellas. Eran unas manos fuertes, curtidas. Al principio pensé que sus manos eran como las mías, pero las suyas no estaban heridas de fregar suelos, las suyas eran la herramienta de crear de la nada, de hacer nacer la belleza entre las heridas de sus manos, me dijeron después.

Nunca me miraba, siempre con la mirada doliente, con los ojos llenos de dolor y de nostalgia. Pero un día, el cubo rozó el suelo y el ruido le trajo a la realidad. Me miró y sus ojos eran los más tristes que nunca había visto, cargados de lágrimas que no se atrevían a salir. Su cara estaba llena de arrugas pero se adivinaba un rostro que había sido tremendamente hermoso. Y sonrió. Sonrió con una gran sonrisa desdentada pero prodigiosamente bonita.

“Camille”, me dijo Bernadette. “Se llama Camille”. Camille llevaba casi treinta años encerrada ahí. Nadie la visitaba, nadie se acercaba para ver cómo estaba. “Es una loca más, Marion”, me decía Bernadette. Pero aquella mujer no era como los otros. Quieta en su silla, acariciando su piel marchita, viviendo apartada de la luz.

“El mundo no estaba preparado para que una mujer alcanzase a su maestro”, susurró un doctor tras de mí. Me aparté a un lado y bajé la cabeza. El hombre no dijo nada así que le miré. Era el doctor Mercier, el más joven de todos los que llenaban los despachos de aquel lugar. El doctor miró a Camille y luego a mí. “Su obra estuvo en galerías. Si no hubiese acabado aquí, tal vez habría pasado a la historia”. Y él me lo contó. Me contó la vida de esa desdichada mujer que lo había tenido todo para triunfar, pero el mundo no estaba preparado.

Camille, esa pobre mujer, esa anciana que vivía sin luz y sentada en un rincón, tenía el don de crear, de hacer aparecer ante ella todo lo que en su mente y en su alma se forjaban sin descanso.

Su vida había estado marcada por un hombre, su maestro, su amante, la sombra que había cubierto cada uno de sus pasos hasta hacerle terminar en aquel lugar.

Mis días pasaron y todo seguía igual. Yo continuaba limpiando la porquería de aquel sitio. La espalda ya no me dolía tanto al inclinarme sobre la suciedad de las esquinas y aguantaba las arcadas en algunos momentos. Y mientras limpiaba cada baldosa, mientras luchaba por quitarme el olor a trapo sucio de mis manos, no podía dejar de pensar en ella, en aquel don que se le había concedido y cómo lo había perdido todo. Pero también me miraba a mí: una pobre mujer que se arrastraba para limpiar lo que los demás ensuciaban.

De pequeña, fantaseaba con lo que me esperaba al ser mayor. Incluso pensé que terminaría marchando con alguna de esas compañías que venían al pueblo y que mezclaban canciones, comedias y lo

más parecido que había visto a un circo. Soñaba con, tal vez, oír aplausos, arreglarme ante un espejo y moverme de un lugar a otro. Pero jamás lo dije. Imaginé a mi padre dándome una gran bofetada ante la posible vergüenza de ver a una hija convertida en una indecente. Sin duda, se sentía mejor viendo cómo tenía un trabajo honrado arrastrando cubos de agua por el suelo y dejándome las manos (que una vez fueron bonitas) frotando.

Y ahí estaba Camille, a unos pasos de mí. Una mujer que había luchado por lo que quería, por lo que sentía. Desde niña, mostró al mundo su talento y, en su madurez, se mezcló la pasión, el amor, el arte y la locura. Hasta que los demonios se apoderaron de su mente y quedó encerrada en este lugar. Un encierro que, entre murmullos, se le oye llamar “mi penitencia”. Sus manos no han vuelto a esculpir, no ha empuñado el cincel con rabia y dulzura para sacar de la piedra las más hermosas imágenes. Dicen que del simple barro podía hacer aparecer un rostro perfecto, algo así como Dios hizo aparecer a Adán de la tierra. Y ella estaba ahí. A unos pasos de mí. Oliendo el mismo agua maloliente que yo tenía que soportar.

Pasaron los años y Camille murió. La enterraron en el pequeño cementerio donde iban los pacientes olvidados por sus familias. Recuerdo esa tumba sin nombre, sólo con los números 1943 -n392. Sobre ella, algunas amapolas que encontré en el jardín. Camille se fue. La silenciosa Camille ya no estaba en su silla. Y algo en mí también se fue. Murió una etapa de mi vida. Poco después me casé con Louis y dejé Montdevergues.

Aunque ya soy mayor y mis manos están cinceladas con arrugas, sigo recordando a Bernadette, a los doctores, el olor de los trapos, la mirada de Camille. En mis manías de vieja cuento historias de niñez, de cuando conocí a Louis, del pueblo, de cuando nacieron Eve y Etienne. Y contando historias se me escapó la de la vieja Camille.

Zoé, mi nieta, me recogió el pelo. Me pintó los labios y me puso el colgante que tanto le gusta. “Vamos abuela”, me dijo. Y Zoé preparó su brazo para que hilvanara el mío y salimos a la calle. París olía a violetas y al viento suave y dulzón de los últimos días de verano y los primeros de otoño. El taxi paró y entramos a ese lugar lleno de luz. Nunca había estado ahí. Cada paso sonaba claro en esas baldosas. Zoé acariciaba mi mano. Nos detuvimos y ella me dijo: “Aquí está, abuela”.

Miré y delante de mí estaba *L'Âge Mûr*. Y, como un golpe en mi pecho, comprendí la tristeza en los ojos de aquella anciana, el talento enterrado entre las sombras y la locura de amor que acabó con su vida.

Una sonrisa se me escapó. El doctor se había equivocado. Sí, había pasado a la historia. Una placa me lo decía: L'Âge Mûr. Camille Claudel (Fère-en-Tardenois, Aisne; 1864 - Montdevergues, 1943).

Título: **O SOY YO, O NO SOY NADIE**  
Pseudónimo: RAMIRO FONSECA  
Autor: JUAN MANUEL CHAVEZ RODRIGUEZ

Las turbulencias parecían cesar; pero no la sensación de inquietud.

Sentada sobre un costal de arroz, agobiada por un ambiente abrasador que no experimentaba desde hacía décadas y en compañía de tres jóvenes que la miraban con tanta curiosidad como perplejidad, la estrella de Hollywood recorría el cielo africano en un avión de hélice más pequeño que tres limusinas juntas.

No era la primera vez que emprendía un largo recorrido en condiciones lamentables. Es más, le gustaba pensar que la austeridad y la sencillez eran más naturales en su vida que la ostentación y el lujo; incluso desde su niñez, cuando el linaje aristocrático de su familia materna fue arrasado por una guerra mundial que la llevó a ocultar su nacionalidad británica lejos de su patria. En esa época tuvo que alimentarse, como muchos otros pobres y desplazados, de bulbos de tulipán. También hacían falta noticias, libros y jabón; porque solamente abundaban el terror y los nazis en Holanda.

—¿Está todavía cómoda, señora Hepburn? —se animó a preguntar a gritos el piloto, desde la cabina, cortando el hielo entre sus tripulantes luego del sobresalto.

—¡Mejor que en un plató de la Paramount, capitán! —le respondió ella de buen ánimo.

—Señora Hepburn, no se lo consulto por el costal que tiene por asiento ni por los mudos con que viaja —gritó otra vez el piloto—, sino por las turbulencias que regresarán pronto... Serán más intensas, señora —advirtió con un tono divertido, como si una tormenta de cataclismo fuera el evento que echaba en falta para entretenerse en su trabajo.

—Entonces, ya tendremos tema de qué hablar —dijo a los jóvenes que la contemplaban con mayor interés aún—. El clima, siempre el clima.

Ellos se miraron entre sí, esperando el primer paso del intrépido; sin embargo, ninguno lo dio... Estaba acostumbrada a conductas así, cortadas, recelosas, expectantes. No pasaba eso en los años en que era una simple aprendiz de ballet, delgada como siempre y muy alta para su edad: parecida a un muchacho delicado. Toda una desconocida incluso en los años germinales de su carrera como actriz, en que tenía fugaces apariciones como bailarina o vendedora. Sin embargo, todo cambió con *Vacaciones en Roma*, junto a Gregory Peck: el Óscar a la mejor interpretación femenina y el estrellato con solo veinticuatro años.

Encarnar a una princesa es, en cierta forma, una manera de serlo, pensó durante el rodaje. Nunca había firmado tantos autógrafos ni recibido tal atención: maquilladores que podían ser ingenieros, por las proporciones fijas de cosméticos que usaban y las combinaciones de sombras de las que se valían; personal de vestuario que no concluía el trabajo sin su aprobación; el director de la película y sus asistentes, preocupados por sus necesidades. Fue una experiencia grandiosa, pues le daban más de lo que esperaba y, sobre todo, por encima de lo que necesitaba... Hubo quienes la proclamaron como la gran revelación del séptimo arte. Sin embargo, se sentía abrumada por esos niveles de dedicación a su persona y el creciente interés mediático. Al fin y al cabo, era una aprendiz de ballet que nunca pudo triunfar: desde muy joven tuvo que aceptar el hecho de que no conquistó lo que tanto anhelaba.

Dado que actuar fue el premio consuelo a una vida en el escenario que no pudo labrarse, asumió que todo lo que conllevara ese oficio lo recibiría con sensatez y humildad. Como decidió tomar el silencio de sus tres compañeros de viaje.

—Entonces, ¿qué hacemos con esta turbulencia?, mis amigos —preguntó con una sonrisa en los labios pero con temblor en la voz. El avión se tambaleaba como un velero de papel sobre un riachuelo. Sentía los retortijones del miedo.

—¡Estaremos bien! —gritó desde la cabina el piloto, experto en imaginar los pensamientos de los tripulantes con sobresalto.



Los jóvenes eludieron la pregunta, acaso porque esta solo pretendía ser cortés o porque, sencillamente, ya era momento de formular la duda que los tenía callados. Cuando fueron convocados para el viaje, ninguno de los tres recibió detalles sobre la personalidad a la que acompañarían y asistirían; solo se les brindó un conjunto de directrices y un protocolo a seguir. En definitiva, iban con una persona influyente e importante... ¿Una activista? ¿Una actriz? El más joven, consultó: “Señora, ¿usted es Audrey Hepburn?”

La primera vez que se lo preguntaron así, con algo de vacilación, fue en los estudios Paramount. Era una tarde de sol, semanas después de terminado el rodaje de *Vacaciones en Roma* o antes del lanzamiento de *Sabrina*, con Humprey Bogart y William Holden. El publicista Arthur Wilde la había citado para conversar sobre un tema que preocupaba a los ejecutivos: su imagen.

Wilde abrió la puerta de su despacho y, antes de hacerla pasar, preguntó a la joven que tenía al frente, vestida de forma sencilla aunque elegante y con un peinado sin ornamentos, tan distinta de otras divas: “¿Usted es Audrey Hepburn?”. Sonriendo, ella le dijo que no. “No”, con la sonrisa que se iba constituyendo en un sello de su personalidad. “Disculpe la pregunta, qué tonto”, agregó él, todavía algo escéptico, haciendo suyo el desasosiego de los ejecutivos. Y es que, al estudio le preocupaba que el éxito de sus grandes películas dependiera del protagonismo de una dulce mujer que no exhibía los senos como las estrellas de moda: Marilyn Monroe y Elizabeth Taylor. Wilde se lo planteó directamente: “la sugerencia es que usted lleve escotes”.

Audrey Hepburn, de manera cortés pero rotunda, se negó: “O soy yo, o no soy nadie”, le respondió. Con su postura, zanjó el tema e inició un estilo completamente nuevo en Hollywood.

—Sí, soy yo —le contestó al muchacho que se animó a formularle la pregunta—. Aunque hoy no soy más que una principiante: es mi primer viaje como embajadora de Unicef.

—Sabe, señora Hepburn, yo nunca he visto sus películas; pero la recuerdo de un programa especial que se transmitió por televisión en Navidad. Usted cantaba y conversaba con los niños. Lo vimos con mis padres, en la sala de casa. Es un bonito recuerdo —comentó otro de los muchachos.

El piloto agregó algo, a gritos, desde la cabina. La turbulencia se tornó más violenta: los motores rugían contra la fiereza del tiempo, y el avión completo recibía tirones de un lado y de otro.

Audrey Hepburn contestó con una callada sonrisa al muchacho, evocando ese evento de 1970 y, sobre todo, los formularios que llenó posteriormente durante días para ser aceptada en Unicef. Una mujer de sesenta años también tiene derecho a cumplir con sus ilusiones.

Al cabo de una semana la admitieron, asignándole un sueldo simbólico de un dólar al año y con la explicación de que se movilizaría con la carestía natural de una entidad que recauda y distribuye fondos para salvaguardar a los más necesitados, no para dar comodidad a sus personalidades.

Arthur Wilde, el publicista de los estudios Paramount, dijo en una ocasión: “la prensa nunca había visto a nadie como ella”, pues Audrey Hepburn prefería no resaltar sus encantos físicos para privilegiar las virtudes de su mirada, la honestidad de sus interpretaciones y los encantos de su sonrisa. Lo cierto es que fue un ser humano distinto en el medio artístico, una mujer marcada por cierta orfandad y la tragedia de la guerra, políglota, sensual y tierna a una vez, de inclinaciones humanitarias y posturas solidarias. Y eso lo experimentó la prensa de Etiopía cuando dedicó quince horas de su primer día de trabajo para entrevistas, reuniones con autoridades y sensibilización social.

Mantuvo un ritmo similar por años. Pero esa mañana, en el avión, era una principiante en el rol de embajadora de buena voluntad; una principiante con miedo. Y, también, que experimentaba una agitada alegría: con su dólar de sueldo anual en el bolsillo, recordó como una curiosidad divertida que para el rodaje de *Guerra y Paz* fue la actriz con mayor sueldo de Hollywood. La mejor pagada de ese entonces; pero recién ahora, la más recompensada.

Sentía un miedo rastrero, como cuando entraba a escena en el ballet o ingresaba al plató de grabación. Todo nuevo reto asusta, pensó en el aterrizaje. Una turbulencia de cataclismo es solo la escenografía

Título: **YO SOY EL ARTE**  
Pseudónimo: **ÁNGEL**  
Autora: **MARÍA JOSE FERRÉ PRIETO**

Permitidme que me presente: Yo soy la inspiración, soy mujer, soy ninfa, soy lo que muchos llaman musa, soy intangible, yo soy la idea que ilumina a escritores, a hombres artistas, a jóvenes promesas y a consagrados genios. Yo soy el Arte.

¿Me preguntas cuál es el papel de la mujer en el arte? La respuesta es: LA MUJER ES EL ARTE, yo lo soy, no importa la edad, el estatus social, no importa nada, ni siquiera tus ideas o tu género, yo puedo estar iluminándote, así lo he hecho de generación en generación. Haz memoria, piensa en los grandes artistas, Leonardo da Vinci, Rafael, Rubens, Pablo Picasso, Salvador Dalí, ... sea cual fuera la época, sea cuales fueran los tiempos ... yo estaba ahí.

Da igual que fuera o no mía la mano, pues era mía la idea, era mío el sentimiento, la sensación, el concepto, ... todo hombre artista piensa en su musa, en su mujer especial para crear su obra, ¿mi papel en el arte? YO SOY EL ARTE.

Cierra los ojos, imagina algo bello, colmado de hermosura, ponle rostro y forma y descubrirás en tu mente el precioso semblante de una mujer. Entonces sigue imaginándola, dotándola de cuerpo y podrás tener la más hermosa obra de arte.

M<sup>a</sup>Dolores Andreo, Lucía Anguissola, Amalia Avia, Sonia Boyce, Rosalba Carrera, Leonora Carrington, Evelyn De Morgan, Josefa De Óbidos, Eva Hesse, Frida Kalho, Carmen Laffón, Maria Lassnig, Barbara Longhi, Maruja Mayo, Sofia Morales, Clara Peeters, Isabel Quintanilla, Paula Rego, Remedios Varó, Maria Elena Vieira Da Silva, Blanca Andreu, Soledad Arroyo, Emilia Pardo Bazán, Rosalía de Castro, ...

Todas ellas mujeres artistas, mi mano y obra. Pero estoy también presente en la pintura de los grandes hombres reconocidos, entre las líneas de los magnos escritores, allí donde haya algo admirable se aprecia la delicadeza de mi ser femenino.

Hombres en quienes yo habito en su mente y en su corazón, yo estremezco su piel cuando me piensan, yo concedo pasión a su obra, yo le doy vida. Yo soy la mujer a quien amas. El Arte hecho vida.

Recuérdame cuando quieras hacer algo digno de admiración, acaríciame con tu pensamiento y déjame que guie tus manos.

Soy mujer, la obra maestra que inspira obras espléndidas. SIÉNTEME.

**Título: MUJER OBJETO NO SUJETO**  
Pseudónimo SAGITARIA  
Autora: RAQUEL FLORES NAVARRO

Hace días que Cristina vive inquieta cuestionándose la Historia del arte que conoce y la exclusión que esta ha hecho respecto a las mujeres. Su libro no nombra a una sola.

Todo empezó en la monótona clase de la asignatura. El profesor, como de costumbre, dictaba de la enciclopedia. Ella atendía en ocasiones. Eran muchas las horas de escucha obligada en el aula. La mayoría de las veces reparaba en ello porque necesitaba expresarse para incentivar su aprendizaje. Levantaba la mano siempre que podía. Cuando las pausas del maestro le permitían interrumpir su monólogo.

- El artista pinta a la modelo desnuda. Así la inmortaliza y le otorga la cualidad de infinita belleza. Leyó el profesor.

La frase hizo eco en la consciencia de Cristina. Despertó un pensamiento crítico que la encaminaría a investigar por sí misma para entender mejor el mundo. La desconcertó la supremacía de la belleza que afirmaba el texto por encima del resto de cualidades. Pensó en el habitual papel activo del varón opuesto al pasivo de la mujer musa. Pero lo que más le impactó fue el hecho de recaer en que los términos neutros artista y modelo se identificaban con un hombre y una mujer respectiva y automáticamente. Cambió los géneros de la frase en su cabeza repitiéndose: “La artista pinta al modelo desnudo”. Le asustó lo insólita que para ella misma resultaba esa imagen. No conocía ninguna referencia de una mujer pintando desnudo a un hombre. Más aún, no había informaciones sobre artistas pintoras o escultoras ni arquitectas en aquel libro, ni alusiones por parte del docente. Este cúmulo de ideas la empujaron a alzar la mano:

- Profesor ¿no hay mujeres en la Historia del arte?

- ¿Qué? ¿De qué mujeres hablas? Estamos tratando ese tema. La modelo del gran genio representa aquí la feminidad...

- Sí pero, ¿dónde está la Historia del arte de las mujeres que crearon las obras?

El profesor quedó tan pasmado como indignado. Eran décadas impartiendo la misma asignatura, siguiendo fiel al programa de estudios, reproduciendo los capítulos más relevantes de la afamada enciclopedia. Él preparaba a sus alumnos para superar las pruebas que los llevarían a conseguir aquellos estudios superiores que deseasen.

- ¿De qué hablas muchacha?

- El libro de texto no recoge la obra de ninguna artista.

El profesor irremediablemente sintió vergüenza ante su falta de recursos ante una pregunta insolente e implanteable bajo su punto de vista. Respondió que no hubo mujeres artistas, que no había. Cristina no se conformó. Contestó que conocía algunas contemporáneas muy famosas, desafió al maestro citándolas. Este increpó rápidamente que el siglo XX había revolucionado las artes como bien sabían y abierto sus puertas a todo tipo de creadores, también a las mujeres. Y zanjó el tema preguntando al grupo si conocían otras artistas anteriores. Como nadie habló continuó con sus lecturas, ansioso y confundido pero convencido de su inexpugnable verdad.

Tras el silencio general Cristina se sintió mal. Le molestaron mucho las palabras del profesor. Sin embargo comprendía que necesitaba excusarse ante sus alumnos. Lo que más la entristeció fue que ningún otro compañero compartiera sus inquietudes ni se plantease preguntas y quisiera respuestas claras.

Repasó su manual confirmando la ausencia de mujeres creadoras. Como bien dijo el docente los artistas las plasmaban innumerables veces en las obras, eran protagonistas representadas según el criterio masculino. La asignatura podría llamarse “El hombre y la Historia del arte” pensó Cristina. Quiso entender cuales eran esos papeles adjudicados a las mujeres desde y para la visión masculina. Somos lo que ellos ven: la madre, la virgen que es siempre bella y pura. La idealización de la belleza que nos

hace adorno del mundo. Y en contrapartida: la mujer perversa, fatal. A veces prostituta, bella pero culpable del mal del mundo como Pandora y Eva. Un demonio.

Buscó en los libros y no encontró ninguno sobre creadoras en la biblioteca de su escuela. Tuvo que buscar en una especializada en temas artísticos. Allí se asombró y se emocionó al comprobar que existían monografías sobre pintoras de otras épocas. Le disgustó que estos estudios se centrasen en la vida privada más que en los trabajos. Que calificaran sus obras con adjetivos como: suave, frágil, gracioso o exquisito. En el caso de que la artista sobresaliera se decía que pintaba como un hombre. Aún así habían superado obstáculos para crear, algo antinatural para su condición femenina a lo largo de la historia. En este caso eran víctimas. Mientras que la excepcionalidad de unas pocas confirmaba la mediocridad de todas las demás. Estas deducciones obtuvo Cristina tras la lectura de los primeros libros sobre mujeres y arte.

Su pregunta ya tenía respuesta, había habido muchas mujeres creadoras. Ahora el planteamiento era: “Si ha habido mujeres importantes en el arte de todos los tiempos ¿Por qué no figuran en los manuales de estudio? ¿Por qué ha preferido la historia borrarlas? ¿Por qué los escritos sobre ellas desprestigian su arte?”

Siguió leyendo cada tarde después de la escuela. La bibliotecaria ya la conocía y la ayudó en su búsqueda encargando algunos libros sobre el tema que consultó en un catálogo. Gracias a esto Cristina encontró finalmente estudios cuyo contenido principal eran respuestas a las preguntas que ella se hacía y pudo ahondar en las investigaciones.

Empezó a comprender la realidad de las sociedades de sus antepasadas. El arte estaba reservado a los varones. Llamó ridículas a las mujeres que osaron crear y las desalentó. Sus trabajos eran de segunda categoría debido también a que sólo podían practicar pintura de géneros llamados menores por los ilustrados masculinos. Bodegones, flores o animales, jamás mitológica o religiosa al ser inaccesible para ellas el aprendizaje del desnudo. Para los historiadores estas artistas eran aficionadas. Encontró fuentes que negaban que pinturas medievales anónimas hubieran sido realizadas por mujeres. No había estudios del trabajo cooperativo de los talleres donde trabajaban las parientes de afamados artistas. La historiografía general las había borrado. Y Cristina encontraba nuevos nombres que iba memorizando. Jamás pensó que hubiera tantas y tan dispares. Se sentía feliz. Sólo era necesario buscarlas para lograr encontrarlas.

Y estas reflexiones la llevaron a pensar irremediamente en la abuelita. Toda su vida consagrada a la costura.

- Cosiendo fue un ser supremo la iaia. Decía ella con orgullo. Entre sus primeros recuerdos estaba su abuela enhebrando la aguja. Recordaba aquellos trajes de chaqueta tan complicados, siempre a medida. Incluso una vez se estropeó la máquina antes de un pedido y la abuela cosió toda la noche hasta terminar. Recordaba sobre todo los vestidos de valenciana, algunos encargos de mayor envergadura con preciosas telas de seda que la abuela cuidaba mucho de mostrar.

- Mi abuela sacó adelante a sus hijos con su arte. Y se preguntó por qué no estudiaba libros sobre el arte de su abuela. Ni siquiera coser tenía gran importancia. Se preguntó quién lo había catalogado de artesanía, en qué momento. ¿Por qué tenía más categoría esculpir que coser? ¿Mayor rango pintar que bordar? Pensó en otras artes desprestigiadas: la miniatura, la cerámica, la joyería. Entendió que la historia había castigado con el anonimato muchas actividades tradicionalmente femeninas. Sintió rabia y también se preguntó qué podría hacer ella para mejorar esa situación.

Necesitaba vincularse con su pasado. Conocer más para enriquecerse, comprender y valorar para concienciarse de su poder. Se prometió difundir el arte de las mujeres, de todas las mujeres de las que tuviera noticia. Sólo así entendía que podría conseguir que el mundo las valorase. Escribiría sobre todas las artes llamadas artesanías denunciando la tradición que las ocultaba. Sonrió feliz de saber que había encontrado el camino que llevaba tiempo buscando y al que se dedicaría con todo su esfuerzo y pasión.

Título: **OBSERVACIONES COTIDIANAS**  
Pseudónimo H. BUSTOS  
Autora: **MARÍA LUISA FRISA GRACIA**

*Al entrar en la iglesia, ella moja la punta de los dedos en la pila de agua bendita pues aún recuerda el gesto, después avanza con paso firme hacia el confesionario. Ha elegido esa hora temprana en que los bancos todavía se encuentran desnudos de fieles y beatas para no llamar la atención.*

-Sin pecado concebida - dice el párroco. Es la primera vez que ve a la mujer, siente curiosidad y la atisba recatadamente.

-Yo le explico, padre, aunque ha de tomarme un tiempo porque no quiero que malinterprete mis palabras que, reconozco, pueden darse a confusión. Principiaré confesando que he faltado al quinto manchándome con la sangre de dos prójimos: mi esposo y su amante.

No se alarme, padre, no tema por la salvación de mi alma que, aunque ha sido a sabiendas, me he visto abocada por motivos estrictamente profesionales. Tiene razón, ahora estoy faltando al octavo, mas este lance ha sido culpa de un defecto congénito que heredé por vía materna, pues todas las mujeres de mi familia carecemos manifiestamente de imaginación.

Y aquí sí que he de reconocer mi yerro, ya que con semejante tara jamás debería de haber escogido mi profesión, pero, padre, ¿cómo puede una luchar contra su vocación? ¿Acaso usted hubiera podido desoír la llamada del Señor aunque hubiera carecido de fe? Ve cómo tengo razón. Yo tampoco pude desatender mi vocación, hubiera sido sacrílego desperdiciar el don con que Dios me había orlado, y más teniendo en cuenta lo escasamente que se había prodigado en todos los demás.

¿Qué cuál es mi profesión? Pues a pesar del desprestigio con que suele reputarse, lo digo con la cabeza bien alta: soy escritora.

Esta merma que padezco me ha sometido a graves privaciones ya desde el nacimiento. En mi minoría se hizo evidente la omisión, que en mi caso se concretaba en que yo carecía de la capacidad de pensar en imágenes, del conocimiento de lo material ausente. Y, ante la negación de lo que el vulgo denomina el sexto sentido, yo hube de suplirlo con los otros cinco. Y no crea que fui comprendida, padre, qué va...

Sobrellevé mi cruz con dignidad, si bien preferí la soledad para hacerlo, y la lectura se convirtió en el lenitivo y el consuelo que precisaba.

Descubrí que esta misma ausencia también la habían padecido otros insignes artistas y alentada por tal revelación procedí a instruirme en los rudimentos del oficio de escritor, abordando los veinticuatro fonemas, donde cada unidad obtiene su valor por oposición a las otras, para después aprender a manejar con soltura las metáforas, las prosopopeyas, las metonimias, las paradojas, las hipérbolas, e incluso, en ocasiones, haciendo un alarde echaba mano de las sinestesias y decía cosas como: se oye un sabor de pan, una sombra de caballo, un tacto de dedos, aunque éstas, en confianza, son de las instrucciones para cantar de Cortázar.

Una vez avezada en tales artes me sumergí en los recursos estilísticos, en la aliteración, en el dinamismo negativo, en el asíndeton y su antagonica polisíndeton... en fin, padre, no quiero extenderme, pero ya se habrá percatado de la riqueza de mi vocabulario.

Pero topé con un escollo pues, a pesar de mi amplio dominio de la técnica, el folio extendía ante mí su albor cual lejana estepa siberiana, imposible de hollar por mis palabras. Me abocaba a la sinrazón de la desidia cuando tropecé con una cita de Truman Capote: *"Los escritos más interesantes consistieron en sencillas observaciones cotidianas que anotaba en mi diario. Extensas transcripciones al pie de la letra de conversaciones que acertaba a oír con disimulo. Una suerte de reportaje, un estilo de ver y oír..."*

¿Lo comprende, padre? Truman Capote me proporcionaba la forma de sobreponerme a mi merma: únicamente debía experimentar por adelantado todo lo que después escribiría. A partir de entonces lo haría a su estilo.

Y funcionó.

Alcancé los laureles con varios relatos cortos que tuve el orgullo de ver publicados, y podía haberme limitado a ese género, pero mi vocación me apremiaba a superarme y el siguiente paso lo dictaba la lógica: una novela.

No crea, padre, que fue tarea sencilla pues retomé la trama universal de las pasiones humanas, su origen, intensidad y consecuencias, me embarqué en el viaje al alma de su ser atormentado primeramente por los celos y que después descubre el adulterio de su esposo y se ve abocada al parricidio del infiel y de su amante.

Y no era tarea sencilla, padre, no sólo porque ya había sido desarrollado por las inigualables plumas de los más grandes como Shakespeare o Flaubert, pues no dudaba de que podía estar a su altura, sino más bien porque obligada a hacerlo al estilo Capote iba a llevarme algún tiempo encontrar un esposo y que este se descarriara.

Hallé en Benito, mi vecino de toda la vida, el consorte más próximo. Benito era el hijo de la difunta Doña Remedios y, además de la costumbre de arrastrar los pies al andar, destacaba por la corteza de sus luces. Hube de recurrir a toda mi vocación para lograr prendarme de él.

Únicamente, padre, cometí un yerro y es que resultó más trabajoso encontrar una amante que un esposo propiamente dicho. Hasta tal punto era una contrariedad que cuando se cumplían tres años de las nupcias, y ante la dejadez que mostraba Benito para tales menesteres, hube de recurrir a contratar a un sicaria del sexo, una de esas que se anuncian en las páginas de los periódicos.

Y ayer, al regresar de la compra, los sorprendí sobre el tálamo matrimonial, y a mí me cegó hasta tal punto el amor que le profesaba a Benito que cometí el homicidio.

Comprende ahora, padre, por qué le digo que me he visto abocada por motivos estrictamente profesionales. Es obviamente motivo de absolución, aunque estoy dispuesta a cumplir la penitencia que usted tenga a bien imponerme.

Está muy callado, padre, ¿no quiere contestarme? Yo estoy arrepentida, pero mi vocación me conmina a proseguir con mi quehacer literario, incluso ya he escogido la trama de mi segunda novela, ¿no quiere saberla? Se la voy a decir de todos modos: trata sobre una pecadora que va a confesar que ha faltado al quinto y mientras el presbítero la escucha lo degüella.

*Las manos de la mujer cierran las cortinillas del confesionario, dentro el párroco la mira con los ojos varados en el tiempo, con la fidelidad de la muerte en las pupilas, ignorante de esa nueva boca, enorme y desdentada que recorre su cuello.*

*Ella se persigna en una ligera genuflexión y sale de la iglesia tomando notas en una libretita.*

Título: **ÚLTIMAS LETRAS**  
Pseudónimo: URGANDA  
Autora: RAFAELA LILLO MORENO

Sé que estoy escribiendo la última página de mi diario, las últimas letras. ¡Adiós querido confidente! Gracias por tu paciencia, por aceptarme como soy, por dejar que mi dolor, mis sueños, mi realidad y mis fantasías, plasmados en dibujos y en palabras, preñen tus páginas. Gracias por aceptarme, cuando ni yo misma me acepto. Mi pintura y tú habéis sido mi válvula de escape, mi sostén, el contrapeso de la fuerza física que nunca tuve; pero ya no puedo soportar este lastre, me flaquea el ánimo para seguir luchando. He llegado al límite. Soy una mujer rota a la que dio alas y vida la pintura, pero sé que el día de mañana ha llegado, que ya no queda más tiempo. Hace una semana cumplí cuarenta y siete años, todavía soy joven, pero el mural de cada vida lleva grabado el rostro del destino, las huellas del tiempo, y en el mío ya no queda más espacio. ¿Qué puedo decir que tú no sepas? ¡Mi tiempo y mi destino! ¡Podía haber sido todo tan diferente...!

Me embargan recuerdos oscuros, pero tú conoces tan bien como yo cuántas veces me pregunto por qué tuvo que convertirse en trágico aquel lluvioso diecisiete de septiembre del año 1925, por qué Alex y yo decidimos tomar aquel autobús cuando debíamos haber subido al anterior. Nos colocamos en los asientos delanteros, íbamos conversando, analizábamos las charlas sobre Marx, mantenidas con nuestros compañeros del grupo *Los Cachuchos*, al que ambos pertenecíamos. Alejandro me llevaba abrazada, yo me sentía tranquila y feliz. De pronto un ruido estremecedor, solo un instante para darnos cuenta de que un tranvía invade el autobús... Un golpe despiadado nos separa. No oigo nada, no veo nada, no existe el tiempo, solo una oscuridad total. Él queda ligeramente herido, yo prácticamente muerta. A pesar de los años y de los diferentes caminos que han seguido nuestras vidas nunca he podido olvidar a Alejandro Gómez Arias. Arrancó una barra de metal clavada en mi cuerpo e insistió ante los enfermeros para que me atendieran. Me habían dado por muerta. Consiguió salvarme la vida, pero no el cuerpo. Este pobre cuerpo absurdamente roto desde entonces: desplazamiento de vértebras, tres fracturas de pelvis, otras en el pie derecho, una herida profunda en el abdomen, peritonitis... ¿Pero qué voy a contarte a ti que tanto me conoces? Todas estas lesiones han sido las causantes de terribles dolores, de más de treinta operaciones, de innumerables internamientos en hospitales y de un aburrido reposo. Por su causa me he visto encorsetada en yeso, en cuero y hasta en hierro; no he podido hacer realidad mi sueño de ser madre; y por último, la gangrena ha hecho necesaria la amputación de mi pierna derecha por debajo de la rodilla. Después de esto, ¿qué me queda? Una pierna ortopédica, una silla de ruedas, humillantes limitaciones y una cansada fatiga que me ahoga.

Pero tú sabes querido diario, al igual que yo, que este accidente ofreció un contrapunto. Fue el caldo de cultivo de mi inclinación artística. Recuerdo mi tristeza, mis ratos de silencio, mi angustia vital ante tantas horas hundidas en aquel marasmo de dolor.

La idea se le ocurrió a mi madre.

—Frida, con un atril o caballetes adaptados al lecho y con un espejo, podrías copiar tu rostro, ¿qué te parece?

Acepté.

Ella sabía que me gustaba pintar retratos, y de hecho ya había realizado algunos para amigos y familiares. Pero a partir de ese momento crece en mí una férrea pasión por la pintura, especialmente por los autorretratos. Una forma de comunicar, de proyectar al exterior mi realidad, de entenderme y de sublimar el dolor de mi cuerpo y de mi espíritu, porque como te dije un día: “amurallar el sufrimiento es arriesgarme a que me devore desde el interior”.

Pero fue Diego Rivera, mi marido: feo, viejo, gordo, ateo, comunista y mujeriego, como decía mi madre, pero el mejor pintor muralista de México, quien afianzó la confianza en mí misma y en mi

arte. Sus alabanzas cuando contempló *Autorretrato en un vestido de terciopelo*, una interpretación de la Venus de Botticelli, me animaron a seguir pintando. Por influencia suya cambié de estilo; abandoné el Renacimiento italiano y me sumergí en la tradición cultural mexicana. Renové los colores, los motivos, las técnicas y los temas. Se ha dicho de mi obra que es realista, mexicanista, vanguardista, surrealista, simbolista... Sí y no, porque mi pintura soy yo, mis cuadros son inseparables de mi vida, ellos y yo nos identificamos. Tú sabes, porque más de una vez he dejado en ti mis impresiones, que en cada uno de mis autorretratos hay pistas que hablan de mis emociones, de mis situaciones personales, de mis estados de ánimo. Cintas, espinas, lágrimas, collares, animales, plantas, raíces, heridas, corazones sangrantes, fetos... no son más que retazos, sueños, deseos, realidades, frustraciones. ¿Cómo explicar, si no, *Recuerdo de la herida abierta*, *La columna rota*, *El venado herido*, *Retablo*, *Memoria*, *Unos cuantos piquetitos*, *Sin esperanza o Las dos Fridas*? ¿Cómo no interpretar en *Naturaleza muerta*, *Flor de la vida*, *Sol y vida*, o en el *Retrato de la familia de Frida*, mi incapacidad para llevar a buen término los embarazos y lograr el nacimiento de un hijo como siempre deseé?

Permíteme solo unas pocas líneas más de reafirmación y, ¿por qué no?, de despedida.

Yo, Magdalena Carmen Frida Kalho Calderón, nací un día lluvioso de principios del mes de julio de 1907, en Coyoacán, en mi querida Casa Azul, la residencia de mis padres. Amo a México y todavía deseo a Diego Rivera, el hombre que, a pesar de todo, me quiso como soy y me ayudó en el arduo camino de encontrarme. Solo dejó en este mundo mis pinturas y a ti, mi inseparable diario. He recibido agasajos y alabanzas de André Bretón, de Marcel Duchamp, de Edward G. Robinson. Mi obra, *El Marco*, luce en el Museo del Louvre. He tenido varios amantes, Leon Trotsky, el escultor Isamu Noguchi, el fotógrafo Nickolas Muray y también Tina Modotti, se encuentran entre ellos. Pero no puedo dejar de preguntarme qué quedará de mi recuerdo cuando ya no exista, qué lugar ocuparan mi nombre y mi obra. Me gustaría trascender, perdurar y, sobre todo, quiero que se me recuerde como una mujer animosa y esforzada que entabló una fiera pugna contra el dolor, la adversidad y la tristeza; que movió los hilos de su vida para gozarla plenamente y que se reinventó una y otra vez hasta el agotamiento.

Ya no logro pintar y la pintura es mi vida. El otro día tuve que asistir a una exposición postrada en el lecho. ¿Para qué continuar, entonces, esta lucha encarnizada? No soporto el dolor que me traspasa la espalda, casi no puedo respirar... ¡Estos malditos encharcamientos y estas continuas neumonías!

Sé que estoy escribiendo mi última línea. Toco el horizonte con la mano. “Yo creo que es mejor irme, irme, no escaparme, que todo pase en un instante...” ¡Frida!, está la puerta abierta, solo un paso... “Espero que mi salida sea placentera y no regresar nunca más”.



Título: **ACUÉRDATE, TÚ ERES PINTORA**  
Pseudónimo LUCÍA SUAY  
Autora: LOURDES MORATA SUAY

Querida Carmen, tengo entre mis manos el *Diccionario de los Artistas Valencianos del Siglo XX*, no sabía la cantidad de premios que habías ganado, uno de ellos el Primer Premio de Pintura del Ayuntamiento de Valencia en el año 1977-78, esto me ha llamado la atención y me ha convencido de que éste era el momento.

Te lo explicaré más adelante, porque creo que lo importante es cómo te lo puedo contar, y por qué he elegido esta forma de llegar a ti, a través de una carta, y no poder hablarlo tranquilamente durante las muchas comidas familiares que hemos compartido.

Carmen, imagina una tormenta, imagina ese cielo gris casi negro y a lo lejos un relámpago rápido que parte el cielo. Eso ha pasado entre nosotros, que con la rapidez de ese relámpago tú te has ido a otro lugar en tus pensamientos, así deprisa, sin darnos tiempo ni siquiera a preguntarte por qué y nos anunció sólo que la lluvia eran las lágrimas de los que estamos cerca de ti.

Y por esto, esta carta...

Te cuento, el Ayuntamiento de Valencia, el mismo que te abrió las puertas a muchas exposiciones tuyas, celebra el X certamen de narrativa breve con el tema "Mujeres en el arte", la verdad es que al principio pensé que todo lo que hacemos las mujeres tiene mucho arte y podría hablar de muchísimas mujeres... pero al hablar de manifestaciones artísticas y aportaciones al arte, además de ilustrar el folleto con pinceles y una mujer con un caballete pintando en plena naturaleza, no lo dudé y pensé en ti.

Pensé que qué mejor aportación al arte, que hablar de una pintora-mujer de 78 años, desconocida en los foros artísticos importantes, pero cuya vida y obra artística ocupa una columna en este diccionario; con una enfermedad súbita, que ahora lo que más nos importa es que vuelva a pintar para poder regresar a nosotros.

Hace sólo cuatro meses la mujer que yo conocía, por lazos familiares afines, le gustaba bailar, era moderna, independiente, con carácter, y sobre todo nos recordabas, a todos, que la pintura había sido siempre tu lucha, tu sueño y por eso conseguiste después de intentarlo varias veces ingresar en la Facultad de Bellas Artes de San Carlos. Al principio cuando eras joven no podías estudiar, tenías que trabajar, creaste una familia, murió tu segundo hijo, después murió tu marido y al lado de tu hijo Manolo te aferraste al sueño y con casi 40 años ya eras licenciada. Tu vocación de pintora que se despertó pronto en ti, salió victoriosa ante todos los obstáculos que la vida te puso.

... "*Dentro de un estilo impresionista se mueve su pintura, centrada en el paisaje español, el bodegón y los motivos florales...*" ah, las flores, tengo ahora mismo tu cuadro repleto de flores rojas, naranjas, amarillas, descansando en un fondo verde, en la pared de la habitación donde estoy con el ordenador escribiéndote, lo miro y te recuerdo... pero tengo más, tengo girasoles, claveles, lirios, enmarcados en negro, son cuadros pequeños, de tamaño folio que unas Navidades, así sin esperarlo, nos regalaste a todos y que rodean mi casa por todos los rincones y sé que Amparo, tu amiga, lo tiene en la mesita de noche y aunque le entristece, lo mira por las mañanas cuando intenta levantarse con su bastón y te recuerda.

Porque, Carmen, lo importante es que vuelvas a nosotros pintando...

... "*Son cuadros bien compuestos y que se benefician de un dibujo lleno de gracia y un colorido de larga paleta...*", tu imagen también está llena de gracia, no lo dudes, tus sombreros, más bien boinas, marcando tu alta estatura con el pelo tan blanco sobresaliendo, tus abalorios... pulseras, anillos, collares, tus pañuelos... haciendo que tu parte de mujer bohemia, volviera a surgir por si a alguien con el tiempo se le hubiera olvidado.

Pero no lo dudes, tu hijo, tu Manolín como le sigues llamando con 50 años y tu nieto, ese día de su cumpleaños miraron a su madre-abuela y la mirada ya no era la misma, te vieron, Carmen, que

ya no estabas, así supieron que te tienen, pero al otro lado de la memoria en ese lado oscuro que es difícil iluminar, por eso te escribo.

Carmen, te repito que no te acuerdas, pero eres pintora y amas el dibujo y el color, tienes que recordar lo que te ofrecían las flores, aunque sólo sean ellas, y ya no veas paisajes desde tu ventana, o no tengas bodegones, y mira los colores en tu paleta, el rojo, el amarillo, el azul,... acércate, tócalas, coge el pincel, el de mango largo y mancha el pelo de marta o turón, para que la textura resultante te agrade y observa y alza la mano... pero ¡que tontería! cómo voy a enseñarte algo que llevas en el corazón.

Espera, no tengas prisa, me han dicho que no te agrada que vayamos a verte, estás triste, lloras, no quieres andar, tienes miedo, lo sabemos, para una pintora como tú que sabes reflejar tantos colores en esos lienzos, la oscuridad no te deja ver.

Pero María, tu nuera, te ha dado unos lápices de colores y un papel cuando te fuiste con ellos a pasar el día, y has dibujado un árbol con un trazo tan infantil que has demostrado que lo que te pasa es que eres una niña de 5 años, tu mente ha atrapado tu mano, no pasa nada, guardaron el dibujo y te llevaron a la residencia sin dejar de pensar ni un momento que la vida te ha jugado una mala pasada, quiere que vuelvas a intentarlo otra vez desde el principio.

Sin embargo ahora es diferente, les tienes a ellos para recordarte continuamente que eres pintora, sí Carmen, también desde que tenías 5 años.

Termino recordándote que los artistas, cualesquiera de ellos, aunque no estén en un diccionario han tenido la inmensa suerte, de ser libres creando, no dejes de hacerlo aunque traces unas rayas blancas y negras. Un beso.

Dedicado a: Carmen Sánchez Martínez, pintora.

Título: **DOÑA CONCHA**  
Pseudónimo LILIANE  
Autora: MARIA ISABEL ROMERO SOLER

Tú no sabes lo que es un teatro. Ah, muchacha, eso es el cielo, el cielo lleno de estrellas, conque imagínate, yo que los piso desde los once años me siento un ángel, hasta creo que sería capaz de volar, ¿qué digo?, de hecho ya vuelo, sobre los escenarios, sobre el público; te lo digo en serio, muchacha, te juro que se me elevan los pies. Ábreme ese baúl, haz el favor, y me sacas un juego de sábanas. Ese, saca ese, el de las florecillas azules, que me encanta. Está bordado a mano, y por las monjas, no te lo pierdas, una verdadera filigrana, y el encaje es de bolillos, ¿eh?, confeccionado en Almagro especialmente para mí. Si es que me quiere toda España. ¿Tú de dónde eres? ¿Andaluza? Qué gracia tenéis los andaluces, caray, ya me gustaría a mí tener vuestro salero. Te lo digo en serio, muchacha, yo soy más seca que un corcho; un *suro*, como dirían los de mi tierra, y tengo una mala leche que ni te cuento. No, no te rías. Soy artista, pero con mala leche, aunque ¿sabes lo que me dijo una vez el maestro Penella que en gloria esté? Que tengo porte de reina, y quizá sea eso, porque todavía no he visto a ninguna reina contar chistes. Cuando termines de limpiar el aparador me preparas la cama, ¿de acuerdo?, que me voy a acostar un rato... *Ojos veeerdes, verdes cooomo la albabaaaaca...*

¿Cómo me notas la voz? Me ha dicho el médico que necesito reposo y que debería estar varios días sin hablar. Ja, yo sin hablar, ¿te imaginas?, a mí que no me callan ni debajo del agua... Desde los once años está boca mía no se ha cerrado; sí, hija, sí, ya lo creo, desde que debuté en el Teatro Seguros de mi Valencia querida, todavía me acuerdo como si fuera ayer. Cobraba un duro por actuación y el teatro se llenaba. ¿Y ese baúl? Ah, ese es el de mis trajes. Después me los sacas y los cuelgas en perchas, para que no se arruguen, que son mis herramientas de trabajo. Esas y mi voz, claro... *Eres mi via y mi muerteeeee, te lo juro compañero, no debía de quererte, no debía de quererte, y sin embargo te quieerooooo... ooooo... lalalalala...*

Pues yo no me la noto tan mal, ¿tú qué dices?, yo creo que todavía afino como un ruiseñor. Después me preparas una infusión de orégano y arreglado, es lo mejor para la garganta, y no todos esos potingues que me quieren recetar los médicos... *Do re mi, do re mi...* Pues no me queda a mí guerra que dar.

Yo estudié canto ¿sabes?, con el maestro Laguna. Mi familia siempre fue humilde pero supieron ver un talento en mí y gastaron lo que no tenían para que aprendiera. A los ocho años ya cantaba como una diosa. Era una pequeñaja pero con una voz muy grande. Y gracias a Dios la conservo. Pero lo más grande que me pudo pasar en la vida, mucho más grande que mi voz, fue ir a Nueva York. Y te hablo del año 1922, muchacha, ahí es nada, seguro que no había nacido ni tu madre. Me contrató don Manuel Penella Moreno, valenciano como yo, uno de los más importantes compositores que ha dado este país, y me hice famosa cantando *El florero* en un entreacto de la ópera *El gato Montés*. Tenía a los americanos rendidos a mis pies. ¡*The flower's boy, The flower's boy!*, coreaban desde sus butacas para pedirme la canción. Todo un éxito. Fíjate cómo sería la cosa que me quedé cinco años en los Estados Unidos, cantando *El florero* en Broadway, aunque después también introduje en mi repertorio algunos temas en inglés. Sí, hija, yo siempre he sido muy espabilada, y te aseguro que al año de llegar a Nueva York ya hablaba el idioma como un papagayo. Todavía recuerdo con gran cariño el *Winter Garden*, donde permanecí ni más ni menos que un año entero con mi espectáculo. Ay, muchacha, tú no sabes lo que es un teatro. Un teatro es la gloria.

Y te hablo de mucho antes de la guerra, cuando las mujeres no servíamos para nada, solo para tener hijos y atender a los maridos. ¿Sabes? En ese aspecto me considero una revolucionaria, un símbolo. Cada vez que he actuado fuera de mi país he sentido que llevaba a Valencia conmigo, y no solo a Valencia, también a España, y a todas las mujeres españolas. Encima del escenario estaba la artista pero al mismo tiempo estaba la mujer. Una mujer que era capaz de erizar la piel de todo un público entregado, capaz de aportar su arte y de transmitir, al mismo tiempo, la cultura de su tierra. Y te digo

yo a ti que antes, en aquellos tiempos, las artistas teníamos fama de pelanduscas, y más que arte parecía que repartíamos jarana, pero jamás me importó, yo siempre he sabido quien soy. ¡Cuidado con ese traje! Sácalo con mucho esmero, que lleva el mantón de seda cogido con un broche, no me lo vayas a estropear.

Pero después volví a España, en el 1927, y debuté en el Teatro Romea de Madrid, y con mi propia compañía ¿eh?, como una gran empresaria. Aún recuerdo el éxito de mi espectáculo, al estilo de los de Broadway, imagínate, algo que por aquí no se conocía. Qué tiempos, hija, qué tiempos. ¡Ah! Y también fue en ese año cuando interpreté mi primera película, *El negro que tenía el alma blanca*, de la mano de Benito Perojo. Ese es otro mundo, muchacha, el del cine, tan apasionante como el teatro; aunque si te digo la verdad prefiero el segundo. Me gusta el público, me gusta el calor de la gente y me gustan los aplausos... *Él vino en un barcooooo, de nombre extranjerooooo...* Cuando hayas vaciado los baúles los limpias por dentro y les pones bolitas de alcanfor, que aún les quedan muchos viajes por hacer.

Y después vino la guerra. No quiero ni acordarme de aquellos años. Dolor, hambre, miseria. Poco espacio para la cultura y el arte, solo para el rencor, la venganza y las armas. Pero todo acabó y yo seguí en pie. Cambié mi espectáculo. Dejé el music-hall y comencé a interpretar copla, creando un estilo propio, una verdadera escuela. ¿Y sabes quiénes fueron los culpables? El poeta Rafael de León, Quintero y Quiroga. A ellos les debo todo el éxito de esta segunda etapa de mi carrera. Acércame esa cajita, muchacha, la que hay encima de la mesa.

Mira estas fotos. ¿A que estoy guapa? Una morenaza que quitaba el sentido, te lo digo yo. Mírame aquí con mi cigarrito y los hombros desnudos. ¿Qué te parece? Yo siempre he sido una moderna, con la cabeza en su sitio, pero adelantada a mi tiempo. Y creo que con mi actitud también les he hecho un favor a las mujeres de mi generación. Hay que ser valiente en esta vida, caray. Pero algo tengo muy claro, el día que se me quiebre la voz lo mando todo al cuerno, yo no voy a ser de las que se muera sobre las tablas, yo me moriré en mi cama y arropada por toda mi familia, pero hasta que eso llegue, muchacha, a cantar se ha dicho.

¿Ya has acabado? Está bien, *darling*, no necesito nada más, puedes irte, que yo voy a acostarme un ratito, pero anda, déjame la taza de orégano en la cocina tapada con un platito, y antes de salir me guardas las fotos y me bajas la persiana, que no soporto la luz del mediodía. Ya sabes, manías de artista.

Título: **VANGUARDISMO PARA UN LABIO ROSA**  
Pseudónimo: CORAL GABLES  
Autora: ROCÍO RUBIO GARRIDO

Quise imitarte. Quise sumergirme en la bacanal de colores estrellándose contra el lienzo, dormir en la borrachera de pinceles que reposan en las aguas putrefactas de un cuenco de plástico, lánguidos tras una noche frenética de trazos sobre un cuerpo sin definir. Quise también cambiar mi nombre por el tuyo, vulgar y corriente, pero con la fuerza que yo aún no he logrado reunir a pesar de todos los intentos infructuosos por emularte.

Pero ni yo vivo en los años treinta, ni nunca me he ido de vinos con Salvador Dalí. Tampoco Lorca me ha dedicado jamás un poema, ni sé lo que es convertirse en circunstancial musa de artistas, en el detonante del deseo que gravita entre la ondulación sugestiva de Alberti y el verso a bocajarro de Miguel Hernández. En la mujer que hace tambalear los cimientos de un mundo patriarcal mientras el Surrealismo se rinde a los pies de su caballete. La artista que sostiene con pulso fuerte la paleta en la que se baten a duelo los colores de una escuela vanguardista, la que se pide otra ronda de vinos con Dalí porque le resbala lo que vayan diciendo de ella.

Entonces busco en tus cuadros una clave, algún resquicio que invite a levitar mi imaginación atrofiada, consciente de que nunca llegaré a tu grado de surrealismo pictórico. Y vuelvo a ensuciar mi lienzo con trazos sin sentido, y me revuelco en camas de poetas fracasados que ni siquiera aciertan a enlazar dos versos estúpidos, y me desvelo con la resaca del whisky adulterado de los garitos. Tu lienzo surrealista, más vanguardista aún en estas horas intempestivas de la madrugada, me dice que siga trabajando. Que aún queda camino para que un batallón de mujeres siga haciendo oír su voz a través del altavoz de su lienzo.

La resaca es demasiado obscena para permitirme pensar con claridad. Ya ves que mis compañeros de juerga distan mucho de los tuyos, en esa escasa poética que contiene un botellón de fin de semana. Y no sé si es el alcohol o la fuerza de tus cuadros lo que por unos momentos secuestra la capacidad de concentración que me pueda quedar. Mujeres de ojos desorbitados me susurran con la locura de sus pupilas. Quieren hacer reventar el iris, dar color al grito parido por el pincel. Por un momento pienso que es tu labio descarado y rosa el que ha suplantado a tu criatura retratada. Y te ríes, con la jovialidad que juran y perjuran tus biografías. La gran *Cabeza de mujer* parece que gira su cuello veinticinco grados para insuflarme optimismo. También lo hace la protagonista de *La sorpresa del trigo*, con grandes manazas como escorpiones a punto de abandonar su pose hierática.

¿Dónde te encontrarás ahora, Maruja? Desde qué rincón estarás concibiendo nuevas corrientes pictóricas que aún no haya vislumbrado ninguna escuela. A qué otros artistas estará seduciendo tu labio rasgado, el mismo que a veces me sonrío con la lascivia del espíritu que se niega a abandonar el reguero de la belleza. Maruja reventada a brochazos imposibles, cuajada de sombras que saltan de los párpados a los pómulos. Maruja de escandalosa elegancia, bebiéndose los postulados freudianos para diluirlos en la acuarela. Maruja de beso relampagueante y noche oculta. La musa que terminó rechazando a sus pretendientes para jurarle fidelidad al arte pictórico, el más chulo de los amantes, que lo mismo te encumbra como te relega al más insultante de los olvidos. Y qué es el éxito, sino un sorbo de absenta que te enajena en el halo de una felicidad frágil y breve.

Ahí está tu trepidante ir y venir, de codearte con lo más puntero de la bohemia parisiense, de un exilio donde el triunfo cruzará contigo el océano para seguir la estela de tu nombre. Y luego la vuelta, Maruja, el fantasma del desarraigo amenazando con llenar de grumos la liquidez del óleo, los amigos que se emparedaron en el camisón frío de la lápida. La boca aún rosa, más rosa que antes del exilio, y el ojo ribeteado como si fueras a conquistar no sé qué nuevos artistas.

Tus criaturas femeninas me siguen observando desde los ángulos de este estudio donde luché por secuestrar la inspiración. Buscándote y rebuscándote en una oda que se quedó sin rematar, como se abandona a un amor en las sábanas frías de la vigilia. En este deseo de querer ser Maruja Mallo.

Título: **DIOS LE PROPORCIONÓ PAPELERA**  
Pseudónimo INÉS PONT  
Autora: IRENE SANCHIS SALA

Veinte grandes hojas de papel abacá hechas a mano cubren el suelo del estudio, las estancias y hasta el descansillo del apartamento de Cedar Street junto a las Torres Gemelas. El amplio espacio cuenta con 18 ventanas que miran a la Torre Sur por el Norte y al río Hudson por el Oeste. Los visitantes sienten extrañeza, curiosidad, asombro, incluso miedo. La gente que pasa pisa y deja su huella en el papel del estudio que es hogar y universo de Elena del Rivero. Inteligente y concienzuda resolvió ser artista desde muy chica. Se veía en sus ojos negros enormes e inquisitivos. En el escenario del pequeño teatro escolar tocaba el acordeón con mucha presencia escénica. Era el comodín de las monjas valencianas del Loreto en los eventos culturales. Podría haber sido una estúpida pedante pero no cayó de ese lado. Tenía una sonrisa franca y mucho genio. No era un animal doméstico, de ahí su pasión por transgredir lo hogareño.

-Ya tengo título, “(Swi:t) Home, One Year of my Life “ -le comenta Elena a Mina mientras almuerzan en el restaurante latino “Azafrán”, el único del barrio en que sirven un plato de paella decente. Me gusta el juego ambiguo entre suite y sweet, que proporciona la escritura fonética.

-Muy sugerente, sí. ¿Cómo va el proyecto?

-La complicidad de la gente me ha sorprendido. ¡Hasta el Súper del edificio se ha implicado! Al principio pensé que íbamos a pintar el apartamento pero cuando le conté que era trabajo me ayudó con la limpieza y pidió a los carteros de Federal Express que tuvieran cuidado con sus carritos al entrar en casa -Elena ríe. Creo que en un par de semanas recogeré las hojas para restaurarlas. Están muy manchadas y rasgadas. Prácticamente destruidas. Ahora siento que hay que restañar las heridas.

-Y, ¿cómo piensas resolverlo? – le pregunta Nina.

-¿Qué te parece si llevamos las hojas a la papelera para tratar de curarlo?

-¿Repetir el proceso de fabricación? Bueno, quizá podríamos sumergir de nuevo las hojas en las cubetas para secarlo más tarde. Respetando las cicatrices. Restituir su aspecto pero sin cirugía estética.

-Luego he decidido coserlas. Ya sabes, seguir tejiendo mis obras, como en las series de las Cartas. Me siento conducida por Aracné. Quizá transforme el papel en grandes paños de cocina. Aquí, en EE. UU, las bayetas son de papel. Con papel se limpia el baño, se recogen sobras del suelo, se seca la vajilla, se lustran cristales, se elimina el maquillaje -la máscara se imprime en el papel como una segunda piel, como la persona que representamos-. Como una segunda piel el papel de abacá registra el paso del tiempo, se agrieta y arruga, se ensucia, se irrita. La gente ha transitado sobre el papel dejando sus huellas como dejan sus huellas toda clase de restos en una bayeta o en la propia piel que es lo más íntimo y a la vez lo que nos conecta al mundo. Quiero trabajar con los restos, aprovecharlo todo, como cuando se cocina con las sobras ya que es un proyecto casero -responde Elena.

Fruto de una invitación, la de Mina Takahashi de Dieu Donné Papermill que proporciona el papel y el Drawing Center de New York que alojará la instalación, la obra crece obedeciendo a un proceso interno que Elena acepta y al que se pliega: el papel ya no es el soporte sino la piel misma de la artista que responde a los estímulos del día a día siguiendo su intuición.

-Mina, ¿se puede hacer hilo de papel?

-Sí, *shifu*. Pero el proceso es muy complejo, no creo que esté a nuestro alcance. Es trabajo de japoneses –sonríe irónica.

-¿Cómo se hace? –insiste, Elena, tozuda.

-Básicamente así –Mina enrolla una servilleta.

-¡Podemos hacerlo! Con los restos. Puedo repartirlos entre las amigas, Betlem, Inma, Elizabeth, Assumpta, Bea y tú, claro. Enviaré restos a toda Europa, Latinoamérica y Canadá. Que cada cual hile un poco. Podríamos construir un gran nido con capacidad para acoger a una persona e instalarlo en Dieu Donné Papermill. ¡Organizar una performance allí antes de acudir a la inauguración en el Drawing Center!

-¡Para, para! que te va a dar una pájara y a mí otra. Aunque, me gusta la idea –sonríe Mina.

En esos enormes trapos de cocina medio deshechos hay un intento de trascender los límites culturales y de género. Conceptual y minimalista, Elena, usa el papel como metáfora de la fragilidad de la vida cotidiana. Una metáfora que traspasó lo doméstico para enfrentar lo terrible. Dos semanas después de desmontar la exposición en el Drawing Center, el 11 de septiembre de 2001, las 18 ventanas de su casa volaron hechas añicos por la onda expansiva que provocó el choque contra las vecinas Torres Gemelas de dos aviones secuestrados por miembros de la red yihadista Al Qaeda en nombre de Alá. La implosión generó un enorme agujero negro en el estudio condensando toda clase de escombros en su interior.

Elena se encontraba en España. Cuando pudo volver a New York, se encontró un hogar monstruoso: su cama partida en dos, libros, estanterías, mesas, bocetos, cartas, fotos, documentos, pinturas, la vajilla y los “Trapos de cocina” de “(Swi:t) Home One Year of my Life” destrozados en medio de una gran polvareda y entremezclados con montones de papeles que no le pertenecían. Elena presiente que las coincidencias significativas son el gran misterio de las artes. Como una posea emprende, de inmediato, una labor de reconstrucción y reparación buscando también entre los escombros de las Torres y en contacto con los trabajadores que limpiaban la zona. Además filma su trabajo. Lo considera una práctica de paz, una sutura simbólica de la aterradora herida colectiva.

El resultado se concretó en una nueva y gigantesca instalación. “(Swi:t) Home: A Chant” Una colosal cortina de gasa de corte renacentista que cae del cielo de la sala, una cúpula de cristal que deja pasar haces de luz solar, y se expande sobre el suelo. Elena cosió en ella miles de papeles deshechos encontrados entre los escombros del World Trade Center: fotos, documentos, menús, anuncios, folletos, cartas personales, tickets, papel de impresora, tarjetas, sobres, recibos, hojas de libros o revistas, envoltorios, notas, directorios, carnés, posavasos, bayetas... En la ventana que daba al Hudson, donde había estado cosiendo los grandes paños de “Suite Home” pintó “El río Hudson en rojo” ya que había tres mil muertos a sus pies.

X CERTAMEN  
**NARRATIVA**

MUJERES  
EN EL C



N DE  
**BREVE**

ES

*arte*

*2011*



## AJUNTAMENT DE VALÈNCIA

ÀREA DE PROGRÉS HUMÀ  
REGIDORIA DE BENESTAR SOCIAL I INTEGRACIÓ  
SECCIÓ DE LES DONES I IGUALTAT

PLA **miq** Pla Municipal per a la  
Igualtat d'Oportunitats  
entre Dones i Hòmens

C/ Amadeo de Saboya, 11 - 46010 - VALENCIA  
T: 96 208 26 39 - E: pmujer@valencia.es

[www.valencia.es/donesigualtat](http://www.valencia.es/donesigualtat)

## CENTRE MUNICIPAL DE LA DONA **cmio**

Gobernador Viejo, 14 - 46003 - VALENCIA  
Tel.: 96 328 72 58 - Fax: 96 328 72 28  
E: cmio@valencia.es



[www.valencia.es/bienestarsocial/bienestarsocial](http://www.valencia.es/bienestarsocial/bienestarsocial)





**AJUNTAMENT DE VALÈNCIA**  
ÀREA DE PROGRÉS HUMÀ  
REGIDORIA DE BENESTAR SOCIAL I INTEGRACIÓ  
SECCIÓ DE LES DONES I IGUALTAT



PLA **miq**  Pla Municipal per a la  
Igualtat d'Oportunitats  
entre Dones i Hòmens 

CENTRE MUNICIPAL DE LA DONA  
**cmio**

E: [cmio@valencia.es](mailto:cmio@valencia.es)

